



Daumier: El vagón de tercera (ca. 1862-64).

se desplazó hacia el plano sintáctico bajo el supuesto de que lo que es expresable y representable lo es en virtud de un lenguaje y una forma determinada, de modo que intervinendo sobre los códigos podía perturbarse o ampliarse el campo de lo real.

Y efectivamente, lograron ampliar el campo de lo artístico produciendo una cultura formal que no trastornaba decisivamente el funcionamiento de la institución, pero sí que se distanciaba de la conciencia ordinaria de la gente y en particular de los movimientos sociales que compartían con el arte su pretensión revolucionaria y transformadora. Con la irrupción de los medios de comunicación masivos, el público que no entendía en profundidad los complejos avatares y vicisitudes que se estaban produciendo en el plano de la representación encontró una nueva escena, sencilla y conformista, sobre la que proyectar sus mitos y aspiraciones. Se abrió entonces la brecha entre “cultura de masas” y

“cultura de élite”, quedando el arte reservado a una práctica especializada incapaz de producir ya un efecto político que no fuese el de distinción, apuntalando ideológicamente la división entre clases.

Tras la ampliación institucional del campo artístico que neutraliza los intentos subversivos de las vanguardias, muchas de las cuales buscaban restituir las implicaciones políticas del arte, se produce un tiempo de impasse en las prácticas de desbordamiento. Pareciera que el arte hubiese agotado sus recursos y que se hubiese cerrado su ciclo revolucionario, limitándose a ejercer una función testimonial. No es hasta mediados de siglo cuando empieza a abrirse un nuevo campo de acción que se expresa a través de diferentes síntomas que convergen.